

Para eso, necesitamos elevarnos á cierta altura y dar amplia mirada en torno nuestro.

Cuando el hombre comienza á reflexionar acerca de sí, acerca de lo que le rodea y acerca de su situación en el conjunto del universo, tropieza con los mayores contrastes. Lo de acá y lo de allá, lo finito y lo infinito, la luz y las tinieblas, el bien y el mal, el espíritu y la carne, la inclinación á la tierra y las aspiraciones al cielo, la satisfacción que no encuentra en sí, ni fuera de sí, el ideal sublime que por doquiera se ofrece á sus ojos, he ahí cosas singularmente diferentes y singularmente opuestas entre sí.

Quizás se tomen muchas veces en sentido demasiado estrecho, si se consideran únicamente las divisiones que el mal ha producido en el interior del hombre y entre Dios y el hombre.

Sin duda que también es el pecado á menudo un aguijón que empuja al hombre á cosas más elevadas, y en todos debería producir este efecto. Si aun todos los que se enfurecen y vituperan la perdición del mundo, caen en el pecado, ó, desesperados, agitan las manos, como si todo trabajo fuese inútil; si todos los que tienen que confesarse del pecado,—¡y quién no debe hacerlo!—si para todos los que se consideran como pobres pecadores, el recuerdo de lo que han omitido y de lo que han cometido es un aguijón para reparar lo pasado, se podrían repetir con la mayor alegría las palabras de la Iglesia: *¡O felix culpa!*

Pero esto no quiere decir que la mística sea el fruto del pecado. No, éste está más hondo, está en la naturaleza del hombre y en su posición con relación á Dios. Como Dios desde el principio creó al hombre y á la naturaleza de manera que el hombre se viese obligado al trabajo, el sentimiento de la distancia entre él y Dios tenía que empujarle á la lucha hacia la completa unión con Dios, su fin más elevado.

Este sentimiento de la distancia se ha convertido por el pecado en certidumbre de separación. De ello, la mano

del misericordioso Médico Divino ha hecho un estímulo nuevo y fuerte para el bien.

Comprendiendo el hombre la espantosa separación que existe entre él y Dios, no puede permanecer satisfecho, gracias al empuje hacia el bien que Dios, hasta en su caída, le ha conservado. Puede ocurrir que, á la manera de los pesimistas, procure persuadirse de que las cosas son así, y serán todavía peores, ó que, procediendo como los optimistas, crea que las cosas no son tan malas como parece. Puede ocurrir igualmente que, como buen fatalista, se resigne á lo inevitable, y se sumerja en los goces materiales de la existencia, ó que no satisfaciéndole nada, se vea obligado á buscar el medio para nivelar estas desigualdades, y encuentre así la respuesta exacta á sus aspiraciones.

Hay una necesidad inexpresable en el corazón del hombre, un impulso invencible, que le martiriza tanto como le consuela, impulso que ha ahogado centenares de veces y centenares de veces ha admitido con mayor esperanza. Lo que este impulso quiere decir, lo comprende el menor número. Dos cosas siente, sin embargo, el que le presta más atención. «Debes—le dice este impulso—tender á un objeto más elevado. Pero no te forjes la ilusión de que el mundo, con toda su cultura, con todas sus dádivas, te dará esto más elevado, si no lo encuentras en tí mismo».

Este impulso sintieron también los antiguos, en medio de los errores del paganismo; de él sacaron su filosofía, como su arte. Este impulso sienten los modernos, y aun lo sienten más que muchos otros tiempos. Rara vez el mundo ha sido devorado por tal hambre hacia algo mejor como hoy día; también puede abusar de él como actualmente, por desgracia, lo hace por modo general; ⁽¹⁾ pero no puede desmentirlo. Cuanto más nuestros contemporáneos reniegan de todo aquello con lo cual las generaciones cristianas han satisfecho más ó menos las exigencias de este impulso, tanto más son atormentados por él. Compasión merecen por el castigo que les impone á causa de

(1) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 111 y sig.

su voluntaria ilusión, al escoger este falso camino, esta especie de trabajo de Sísifo; no obstante, hay que apreciar su lucha con sincera admiración.

¡Quiera Dios que todo hombre que experimente este impulso se convenza de que, para obtener esta satisfacción, hay sólo tres caminos! Ó bien hacer que lo sobrenatural descienda á lo sensible, ó bien poner en igual pie lo terrestre y lo infinito, ó bien buscar manera de que ambos se junten, manera de que esos dos mundos se toquen estrechamente, sin que sus respectivas particularidades sufran perjuicio.

Esas tres tentativas,—la historia está presente para atestiguarlo,—hiciéronse miles de veces, y eso de las más diversas maneras.

Casi siempre el hombre, ó bien ha tratado de forjarse ilusiones de manera más ó menos panteística respecto de su pobreza y de la del mundo, ó bien trató de persuadirse de que era cosa suya, unas veces rebajándose á favor de una filosofía materialista, otras subiendo excesivamente más allá de sí mismo, considerando lo sobrenatural á la manera del Humanismo,—suponiendo, sin embargo, que todavía lo admita.—Las tentativas hechas para reunir lo divino y lo humano hanse ciertamente con frecuencia renovado, y esto principalmente en las diversas religiones y mitologías paganas. Mas en tanto procedían del hombre mismo, han llegado á resultados tan groseros, que necesario es confesar que, no obstante lo excelente de la idea, han tenido peor éxito que las otras.

Además, no cabe negar que casi siempre han padecido del error fundamental de las otras dos tendencias, es decir, que han llevado la unión de ambos mundos hasta confundirlos.

Esos esfuerzos grandiosos de la humanidad han fracasado, precisamente porque no se quiso establecer la unión entre esos grandes contrastes, sino que se mostró encarnizamiento en suprimirlos. No le basta al misticismo, cualquiera que sea su forma, con encontrar á Dios en sus obras; quiere además hacerle violencia, apoderarse de él

directamente, ⁽¹⁾ sea por medio de las delicias de la contemplación, sea mediante los goces íntimos del afecto, aun cuando debiera, para llegar á eso, negar el mundo real, tangible, y romper los lazos de la propia vida.

Esa tentativa halló su más elevada expresión en el sofismo, cumbre suprema del misticismo panteísta, ⁽²⁾ el fin más elevado del cual, la deificación humana, es literalmente el paso y aun la desaparición en Dios.

Según eso, es manifiesto que el hombre no puede tener ideas claras sobre ese punto, hasta tanto que no se explique cómo por una parte le es dado elevarse sobre su estado natural, que no le satisface, hasta llegar á Dios, y cómo, por otra, puede Dios comunicar más estrechamente con él que por medio de la naturaleza, sin que por ello sufran ni el uno ni el otro el más leve perjuicio.

Pues bien, eso no puede hacerse como no sea bajando Dios hacia el hombre, por una parte, y, por otra, mediante la elevación del hombre hacia Dios. Mas como no se da paridad entre Dios y el hombre, necesario es también atribuir á Dios una parte mayor en esa aproximación.

7. Labor, base y tipo de la mística.—Ilustrado por las luces de su propia razón, é instruido por las vanas tentativas de sus semejantes, el hombre pudiera en rigor llegar por sí mismo á la deducción de estos principios.

Mas tal conocimiento estaría aún lejos de formar el puente entre lo de acá y lo de allá. Lo más á que podrían llegar los mayores esfuerzos intelectuales del hombre, sería el hacerle conocer mejor la necesidad de su unión con Dios, y su propia incapacidad para lograrla. En otros términos, contribuirían á tornarle aún más degraciado que antes.

No es de admirar que aquellos que hacen abstracción de la Revelación sobrenatural, y que ven en la mística un esfuerzo puramente humano, sin comprender la misión

(1) Véase Herrmann, *Verkehr des Christen mit Gott*, (3), 22.

(2) Dahlmann, *Der Idealismus etc.*, 86 y sig. Chantepie de la Saussaye, *Religionsgeschichte*, (2), II, 46 y sig.

que debe y puede realizar desde el punto de vista cristiano, sin considerar la base sobre que descansa la mística cristiana, y el modelo según el cual procede, hablen de ella en términos tan desdeñosos. ¡Como si fuese un manantial de errores y no un beneficio para la humanidad!

Mas, hemos dicho que la misión de la mística está en unir perfectamente lo natural á lo sobrenatural.

Quien entienda la enseñanza de lo sobrenatural tal como nos fué dada por el Hijo de Dios, y tal como se nos inculca por el Cristianismo, debe reconocer que el llamamiento á la mística es inseparable de él. Únicamente se responde á lo que lo sobrenatural pide, esforzándose en formar el propio pensar según él, y hacerlo pasar perfectamente á la propia vida. Pues bien, esas dos labores constituyen la idea fundamental de la mística.

El verdadero concepto de lo sobrenatural consiste precisamente en creer que lo natural no se halla separado de lo sobrenatural por infranqueable abismo. Consiste en no rebajar, con el racionalismo, lo sobrenatural á una especie de natural más desarrollado, y, con el misticismo, en no hacer que desaparezca lo natural en lo sobrenatural, sino en reconocer, por una parte, la diferencia esencial de ambos órdenes, y, por otra, en no perder jamás de vista qué grandes deberes nos imponen la bajada de lo sobrenatural á nosotros y su penetración en nuestra naturaleza.

Tales deberes resúmense en una palabra: terminar mediante nuestros esfuerzos morales, sometiéndonos á lo sobrenatural, y apropiándonoslo, la obra comenzada por Dios en nosotros.

Pero la base sobre la cual debe cumplirse esa labor no está, gracias á Dios, abandonada al poder arbitrario de cada cual. Si así fuese, mejor haríamos en evitar el dominio de la mística. La suerte que han sufrido los mayores talentos de la humanidad, tan pronto como, siguiendo su propia inspiración, arriesgaron su vuelo en regiones imaginarias, recuérdanos numerosos ejemplos espantosos. Quien dé respecto de ellos simple ojeada, no podrá menos de re-

conocer que tales esfuerzos son cuando menos inmensos y peligrosos.

Mas la cuestión no está en eso. La verdadera mística descansa sobre terreno muy sólido, y se mueve con tal precaución y circunspección, que inspira desprecio á ciertos espíritus orgullosos, tan luego como ellos lo advierten. Su base, su carrera, su dirección, todo eso le es dado atendiendo al orden de salvación cristiano. De él es de donde debe sacar ella toda su fuerza, y según él debe ser juzgada.

Ese espiritualismo de farsa, que sueña tan sólo con un culto de Dios en espíritu, y que, por esta razón, desecha orgullosamente toda especie de prácticas y de oraciones exteriores, que muestra desdén por la Iglesia y desprecia sus medios de salvación como si fueran obstáculos al vuelo del espíritu, se extravió precisamente al abandonar ese terreno sólido.

Un medio seguro, por el cual nos enseñan los maestros de la mística á distinguir lo cierto de lo dudoso en ese terreno, ⁽¹⁾ consiste precisamente en la confrontación con las doctrinas de la Iglesia, institución salvadora fundada por Jesucristo, y ver si se da ó no conformidad con ellas. ⁽²⁾

Por lo tanto, la misión de la mística, lo mismo que su base, llévanos á Aquel que nos trajo lo sobrenatural, y que, con su institución salvadora, nos dió los medios para apropiarnosle.

Desde este punto de vista, la mística cristiana es única en su género. Cuando de palabras se trata, la mística estoica explicóse ciertamente con más orgullo, y la mística platónica con más profundidad. Mas si pedimos un modelo vivo que pueda imitarse, y que, por lo tanto, como ideal que jamás es dado alcanzar, ofrece siempre nuevas perfecciones á los ojos del hombre más perfecto, no hay más que uno que reúna tales condiciones: Jesucristo, el hijo del hombre.

En él adoramos al mediador de nuestra salvación, al doctor y al guía que nos enseña el camino del cielo, el modelo según el cual podemos cumplir de perfecta manera la

(1) Véase más arriba, n. 2.—(2) Véase más abajo, conf. XIII y XIV.

unión entre lo natural y lo sobrenatural. Su persona es la expresión más elevada de la unión de la divinidad con la humanidad, y su vida santa es la realización más maravillosa de la humanidad transfigurada y de la santidad divina manifestándose bajo la envoltura de nuestra debilidad. No sería dado imaginar un progreso del espíritu, ni una perfección de los cuales Jesucristo no sea el más hermoso espejo.

Cuanto de Jesucristo se aparta, es sospechoso. Cuanto más la virtud y la justicia se acercan á su virtud y á su justicia, más verdadera es la mística. ⁽¹⁾

8. La mística es el Cristianismo en su más perfecta forma, comprendiéndolo todo, y calculado para todas las situaciones de la vida.—Según cuanto acabamos de decir, no es tan sólo la flor más elevada del pensamiento y de la vida cristiana, ni únicamente la manera más perfecta de cumplir la misión del Cristianismo, sino que abraza al Cristianismo entero, en su pleno desarrollo.

Luego nada de cuanto pertenece al orden de la salvación evita el dominio de la mística, ni las doctrinas de la fe, ni los más altos misterios, impenetrables para la inteligencia humana, ni las prácticas más pequeñas y más enérgicas. La eterna sublimidad de Dios en el seno de su propia vida, la encarnación y los sufrimientos de su Hijo, la obra del Espíritu Santo, la vida íntima de Dios, lo que hizo en favor nuestro, lo que sin él es el hombre y lo que mediante él puede ser, la gracia, los medios de salvación en la Iglesia, la más elevada contemplación y la más grande actividad, la miseria de los pecadores, la salvación de las almas, la recompensa eterna, en una palabra, cuanto forma parte del mundo de la fe, de la esperanza, de la caridad, es materia en que debe la mística ocuparse. ⁽²⁾

Es que la mística viene en ayuda de las necesidades de todos los tiempos y de todos los hombres. Quieren muchos

(1) Véase más abajo, conf. XVI.

(2) Cf. Thomas a Iesu, *De contemplatio divina, Philippus a S. Trinitate, Theol. myst.*, II, y especialmente Alvarez a Paz, III, l. 3 y 4.

admitir de buen grado que es fuente de consuelo en ciertas ocasiones en que grandes desventuras exteriores abrumaban al pueblo cristiano, como por ejemplo, durante las persecuciones bajo los emperadores romanos, ó que puede ofrecer tranquilo refugio á ciertas personas que, ante las ruinas amontonadas por doquiera, quieren retirarse en el santuario interior de su alma, para trabajar allí en su santificación, como sucedió en aquella gran decadencia interior y exterior llamada el siglo XV. Pero, en otras circunstancias, para espíritus vigorosos, enérgicos, en épocas de actividad, es ella más bien obstáculo que ayuda.

Gran equivocación. El alma del Cristianismo, la piedad es útil á todos, ⁽¹⁾ y en parte alguna se requiere mayor formalidad y decisión en la práctica de los principios cristianos, que allí en donde se hace necesario traducirlos en acto.

Quien pretende excluir la mística, es decir el Cristianismo en su entero desenvolvimiento, trátase de la vida práctica, trátase de la actividad moral privada, trátase de la actividad pública, trátase de la dirección de los asuntos de la Iglesia y de la participación en los asuntos profanos, ese haría mejor en decir francamente que quiere la separación del Cristianismo y del mundo. Pues el Cristianismo no puede darse por satisfecho con que se le otorgue un puesto en este último, con sólo la condición de obrar de incompleta manera, y de renunciar á una parte de las consecuencias que consigo lleva.

Por eso la mística concierne á todos cuantos quieren aceptar el Cristianismo entero. No que cada cual se vea obligado á ejecutar cuanto ella prescribe, pues requiérese igualmente entender en tal sentido las palabras: «Hay muchas mansiones en casa de mi Padre»; ⁽²⁾ mas cada cual puede instalarse en su mansión según sus deberes y su situación se lo permitan.

Pues bien, todas las mansiones forman una parte de la

(1) I Tim., IV, 8.

(2) Ioan., XIV, 2.

común casa paterna. Aquí no se hallan partidos, ni castas. Todos hijos son de un mismo padre, cada cual con sus dones y deberes particulares. Pero todos juntos trabajan en hacer la voluntad del mismo jefe de familia, y cada cual contribuye por su parte á amar á Dios y á favorecer la concordia entre los diversos miembros, para que la casa paterna sea hermosa y perfecta.

9. Cuidado referente á la salvación del alma como la más próxima tarea de la mística.—No pretendemos negar con lo dicho,—y esto para prevenir una objeción que pudiera hacérsenos,—que la mística propónese ante todo por objeto favorecer la salvación del individuo. Ahí está seguramente su fin primero y próximo. Es igualmente el del Cristianismo. ⁽¹⁾ «He venido para que mis ovejas tengan vida y se hallen en la abundancia». ⁽²⁾

Tenemos, pues, de boca del mismo Salvador que tales esfuerzos llenan ellos solos completamente el objeto de su venida, que tienden á desenvolver la vida activa en toda su plenitud, en otros términos, la mística.

Y si se nos objeta que se da, no obstante, gran diferencia según que se persiga ese fin al par de otras obligaciones, y como su término, ó que se la mire como su comienzo y su base, dícenos entonces nuevamente el Salvador: «¿De qué sirve al hombre ganar el universo, si al fin pierde su alma? ⁽³⁾ Buscad antes el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». ⁽⁴⁾

Esto hace ver con evidencia que ninguna tendencia comprendió tan bien, ni tan bien puso en práctica las palabras del Redentor, como la mística, y eso precisamente porque ante todo ocupase en la salvación del alma, de lo cual todo lo demás se deriva.

(1) Matth., XII, 26. I Petr., I, 9. Ep. Barnabae, 2, 10; 17, 1. I Ep. Clement. Rom., 7, 4, 7; 45, 1. Hermas, *Pastor*, *Visio*, 2, 2, 5; 3, 6, 1; *Mand.*, 12, 3, 6. Clementin, *Recognit.*, 10, 2. Arnob., 2, 61. Tertull., *Apol.*, 46: *Christiani, qui de salute sua curant.*

(2) Ioan., X, 10.

(3) Matth., XVI, 26.

(4) Matth., VI, 33.

Pues bien, esto permítenos sacar tres conclusiones. La primera consiste en que la mística hízose para todos. La ciencia, la vida pública, la actividad desplegada en favor del bien común no son para todos, pero todos sin excepción deben cuidarse de la salvación de su alma.

Nadie puede por lo tanto sustraerse á los deberes de la mística. Quien lo hace descuida su propia salvación.

La segunda conclusión es que no se da condición, estado ú ocupación que autorice á nadie para decir que la mística no le concierne.

Aquel á quien el amor á la ciencia le lleve á descuidar su salvación, yerra el fin de su existencia; quien expone su alma sirviendo al Estado ó á un señor humano, compromete su salvación.

Duras palabras son para muchos. Pero son demasiado ciertas para ponerlas en duda.

La tercera conclusión, es que la mística se hace necesaria á quien pretenda practicar los deberes de su estado de suerte que tengan algún valor á los ojos de Dios, y contribuyan á su propia salvación eterna, en otros términos, á quien pretenda practicarlos de manera perfecta, no solamente desde el punto de vista natural, sino desde el punto de vista sobrenatural.

Cabe discutir este punto en el papel. Mas la vida real, que tiene exigencias más graves, habla como nosotros.

Nadie niega que también se den virtudes y buenas obras en el mundo; nadie ignora igualmente su valor. «Es asunto concluído entre las personas que hacen profesión de piedad, dice San Agustín, que no se da verdadera virtud sin piedad, y que la justicia que sirve únicamente al honor humano, no es verdadera virtud». ⁽¹⁾

Á nadie se le ocurre pretender que no se da ciencia sin fe y sin virtud; mas todo el mundo sabe que se da gran diferencia entre las ciencias. Hay la ciencia de las palabras, la ciencia de los números, la ciencia de los hechos; hay una ciencia sin objeto, una ciencia de las causas y de los efectos.

(1) Augustin., *Civ. Dei*, 5, 19; 19, 25.